

Bienvenidos

Kishore Mahbubani

LA HUMANIDAD acaba de alcanzar un hito importante que prácticamente pasó inadvertido: la cantidad de teléfonos superó la de personas. Eso no significa que cada ser humano tenga un teléfono; algunos tienen dos o tres. En 1990, solo 11 millones de personas tenían teléfonos móviles. En 2011, había en todo el mundo 5.600 millones de teléfonos móviles y 1.320 millones de teléfonos de línea fija, al servicio de una población mundial de cerca de 7.000 millones. Y hoy podemos llamar prácticamente a cualquier lugar del mundo a un costo ínfimo a través de servicios de Internet como Skype. Ese nivel de teledensidad significa que la gente está interconectada a un nivel jamás visto.

La tecnología está produciendo una convergencia mundial. Esta explosión internacional de teléfonos móviles, y pronto de teléfonos inteligentes, llevará a Internet y a la información transmitida por Internet a todos los rincones del planeta. Esa es ya una realidad en poblados africanos e indios aislados, gracias a una pequeña batería alimentada por energía solar y una computadora pequeñísima. Además, este gran estallido de información —y también de educación— está mejorando la vida de la gente. A medida que más gente aprendió sobre vacunación, la proporción mundial de bebés vacunados contra la difteria, la tos ferina y el tétano subió de un quinto a casi cuatro quintos entre 1970 y 2006, gracias a la vacuna triple. Y otras ideas que

salvan vidas —como lavarse las manos o no defecar en los campos de cultivo— se han expandido por el mundo y tienen cada vez más aceptación (Kenny, 2011). La conectividad salva vidas.

La tecnología también le permite a más gente cruzar fronteras. En 1950, apenas 25 millones de personas hacían viajes internacionales; para 2020 se prevé que esa cifra llegue a 1.600 millones. En otras palabras, uno de cada cinco habitantes del planeta cruzará una frontera internacional, un nivel de conexión hasta ahora impensable.

Pero la tecnología es solo una de las tantas fuerzas que impulsan esta profunda interconectividad. Con el tiempo, también hemos unificado la economía mundial. Por eso, cuando la minúscula economía griega amenaza con caer, tiembla el mundo entero; en este dominó, la pieza griega hoy puede tumbar piezas tan grandes como las economías estadounidense y china. Los mercados bursátiles del mundo entero suben y bajan al unísono ante un suceso internacional de gran magnitud. Y el carácter internacional de las cadenas de suministro internacionales implica que cuando un país sufre una catástrofe natural, también sufren las fábricas ubicadas del otro lado del océano. Vivimos en un mundo económico unificado.

El calentamiento del planeta también reafirma el hecho de que el mundo es cada vez más pequeño. Casi todos los días vemos pruebas de que el cambio climático es real, desde la

a la aldea mundial

La interconectividad está creciendo a pasos agigantados

erosión de los hielos árticos hasta las descompensaciones meteorológicas. Ninguna nación puede salvar al mundo por sí sola del calentamiento global. Del mismo modo, cuando una persona enferma de gripe se sube a un avión, se contagian rápidamente miles de personas en el mundo entero. La aldea mundial debe aunarse en un esfuerzo titánico para salvarse, y eso requiere una nueva ética mundial que nos recuerde que las vidas de 7.000 millones de personas están ahora íntimamente entrelazadas. El filósofo David Rodin, de Oxford, sostiene que nos vemos “empujados” hacia una ética mundial por la necesidad de abordar con urgencia cuestiones de creciente carácter internacional (Rodin, 2012). Coincido con él.

Paradójicamente, la tecnología —una fuerza material— también está promoviendo la conectividad emocional sin reconocer fronteras. Así fue que, cuando 33 mineros chilenos quedaron atrapados en una cámara subterránea durante 69 días, el mundo entero rezó por ellos. Y un caudillo de Uganda, Joseph Kony, acusado de asesinar y mutilar a miles de personas durante décadas, repentinamente se vio aislado e inerte cuando se transformó en el protagonista del video más visto de la historia: en apenas seis días, lo vieron más de 100 millones de personas, principalmente por YouTube (Aguilar, 2012). Cuarenta y seis senadores estadounidenses presentaron una resolución en contra de Kony en marzo de 2012. Uno de ellos, Lindsey Graham, declaró, “Cuando

100 millones de estadounidenses miran algo, ese algo no pasa inadvertido” (Wong, 2012).

Como la interconectividad mundial está creciendo a pasos agigantados, la difusión de la información y las ideas significa que nuestro sentido moral trascenderá las fronteras nacionales. Todos terminaremos mirando más allá del horizonte y nos transformaremos en ciudadanos tanto de nuestro país como de nuestro planeta. El mundo será un lugar mejor cuando nos unamos para consolidar nuestra aldea mundial. ■

Kishore Mahbubani es el Decano de la Facultad Lee Kuan Yew de Política Pública de la Universidad Nacional de Singapur y autor de The Great Convergence: Asia, the West, and the Logic of One World (de próxima publicación).

Referencias:

Aguilar, Mario, 2012, “Kony 2012 Is the ‘Most Viral’ Video of All Time”, Gizmodo, 12 de marzo.

Kenny, Charles, 2011, “Getting Better in Pictures”, Center for Global Development Essay, pág. 25. www.cgdev.org/content/publications/detail/1424862

Rodin, David, 2012, “Toward a Global Ethic”, Ethics & International Affairs, vol. 26, No. 1, págs. 33–42.

Wong, Scott, 2012, “Joseph Kony Captures Congress’ Attention”, Politico, 22 de marzo.